

«Fuimos invitados (siete representantes extranjeros) á entrar con los testigos japoneses en el *hondo* ó salón principal del templo, donde había de celebrarse la ceremonia. Era una escena imponente. Un amplio salón, de elevado techo, sostenido por negros pilares de madera. Del artesonado pendía una profusión de esas lámparas y ornamentos dorados, enormes, propios de los templos budistas. Enfrente del elevado altar, donde el piso, cubierto de bellas esteras blancas, se levanta tres ó cuatro pulgadas sobre el suelo, estaba tendida una alfombra escarlata. Altos candeleros, colocados á intervalos regulares, daban una luz pálida y misteriosa, no más que la suficiente para ver todo el desarrollo del acto. Los siete japoneses ocuparon sus puestos á la izquierda del piso elevado; los siete extranjeros, á la derecha. Ninguna otra persona estaba presente.

»Transcurrido un intervalo de algunos minutos de ansiosa espera, Taki Zenzaburo, hombre robusto, de treinta y dos años de edad y de aspecto noble, se presentó en el salón vestido con su traje de ceremonia, con las características alas de tela de cáñamo que se llevan en las grandes ocasiones. Iba acompañado de un *kaishaku* y tres oficiales, que llevaban el *jimbaori* ó traje de guerra con paramentos de tisú de oro. Obsérvese que la palabra *kaishaku* no es enteramente equivalente á la de ejecutor. El oficio de aquél es propio de un caba-

llero: en muchos casos lo desempeña un pariente ó amigo del condenado, y la relación entre ambos es más bien la de apadrinado y padrino, que la de víctima y ejecutor. En este caso, el *kaishaku* era un pupilo de Taki Zenzaburo, y fué elegido por amigos del último, entre ellos mismos, á causa de su habilidad en el manejo de la espada.

»Con el *kaishaku* á su izquierda, Taki Zenzaburo avanzó lentamente hacia los testigos japoneses, y los dos se inclinaron ante ellos; aproximándose después á los extranjeros, nos saludaron del mismo modo, quizá aún con más deferencia; en ambos casos el saludo fué devuelto con toda ceremonia. Lentamente y con gran dignidad, el condenado subió al piso elevado, se postró dos veces ante el altar, y se sentó (1) en la alfombra con la espalda vuelta al altar, y el *kaishaku* sentado á su izquierda. Entonces, uno de los tres oficiales asistentes se adelantó, llevando un soporte del tipo de los usados en el templo para las ofrendas, y en el cual, envuelta en papel, descansaba el *wakizashi*, espada corta ó daga de los japoneses, de nueve pulgadas y media de larga, con punta y un filo tan fino como el de una navaja de afeitar. Se la entregó,

(1) Sentado, á la manera japonesa, quiere decir con las rodillas y los dedos de los pies tocando al suelo y el cuerpo descansando sobre los talones. En esta posición, que es de gran respeto, permaneció hasta morir.

postrándose, al condenado, que la recibió respetuosamente, levantándola á la altura de la cabeza con ambas manos, y depositándola frente á sí.

»Después de otro profundo saludo, Taki Zenzaburo, en una voz que revelaba la emoción y la vacilación que es de esperar en un hombre que hace una revelación penosa, pero sin ningún otro signo revelador ni en la cara ni en los movimientos, habló de este modo:

—«Yo, y sólo yo, dí injustamente la orden de hacer fuego contra los extranjeros en Kobe, y otra vez cuando trataban de huir. Por este crimen me abro el vientre, y os suplico que estéis presentes para ser testigos del acto».

»Inclinándose una vez más, el reo dejó caer la parte superior de sus vestiduras hasta la cintura, dejando el tórax desnudo. Con mucho cuidado, y según la costumbre, metió las mangas arrolladas por debajo de las rodillas, para impedir que el cuerpo cayese hacia atrás, porque un caballero noble japonés debe morir cayendo hacia delante. Lentamente, con mano firme, tomó la daga que tenía ante sí, la miró atentamente, casi con afecto; durante un momento pareció recapacitar por última vez, y, clavándose el arma profundamente por debajo del pecho, en el lado izquierdo, movió lentamente la daga hasta el lado derecho, y haciéndola girar dentro de la herida, dió un ligero corte hacia arriba. Durante esta operación penosísima no mo-

vió ni un solo músculo de su cara. Cuando hubo sacado la daga, se inclinó hacia adelante y alargó el cuello: una expresión de dolor cruzó por primera vez su cara, pero no profirió ni un sonido. En aquel momento el *kaishaku*, que, siempre sentado á su lado, había seguido atentamente cada uno de sus movimientos, se puso en pie de un salto y blandió su espada en el aire un instante; hubo como un relámpago, un ruido sordo, horrible, el sonido de algo que cae; un solo tajo había separado la cabeza del cuerpo.

»Siguió un silencio de muerte, sólo interrumpido por el espantoso rumor de la sangre que, ante nosotros, se escapaba de la cabeza inerte, la que, un momento antes, había pertenecido á un hombre valiente y caballero. Aquello era horrible.

»El *kaishaku* hizo un saludo profundo, enjugó su espada con un pedazo de papel que llevaba preparado con este objeto, y se retiró del lugar elevado; y la daga, manchada, fué retirada solemnemente, como prueba sangrienta de la ejecución.

»Los dos representantes del Mikado abandonaron entonces sus puestos, y, llegando á donde estábamos los representantes extranjeros, nos pidieron que fuésemos testigos de que se había ejecutado fielmente la sentencia contra Taki Zenzaburo. Habiendo terminado con esto la ceremonia, salimos del templo».

Podría multiplicar á voluntad el número de

descripciones de *seppuku*, tomándolas de los libros ó de las relaciones de testigos oculares; pero bastará un ejemplo más.

Dos hermanos, Sakon y Naiki, de veinticuatro y diecisiete años, respectivamente, hicieron una tentativa de muerte contra Iyeyasu para vengar los agravios de su padre; pero, antes de que pudieran entrar en el campamento, fueron hechos prisioneros. El viejo general admiró el arrojo de los jóvenes que se atrevían á atentar contra su vida, y ordenó que se les concediera una muerte honrosa. Su hermano menor, Hachimaro, niño de ocho años, fué condenado á compartir su suerte, porque la sentencia se extendía á todos los miembros varones de la familia, y los tres fueron conducidos á un monasterio, donde se había de ejecutar la pena. Un médico que estuvo presente en el acto nos ha dejado un diario, del cual está traducida la siguiente escena: «Cuando estaban los tres sentados en línea para matarse, Sakon se volvió al más joven y le dijo:—«Anda tú el primero, porque quiero estar seguro de que te portas bien». Como el pequeño respondiese que, no habiendo visto nunca consumir el *seppuku*, querría ver á sus hermanos hacerlo y, después, imitarlos, los dos hermanos mayores sonrieron entre lágrimas: — «¡Bien dicho, muchacho! Puedes alabarte de ser hijo de nuestro padre». Después de colocarlo entre ellos dos, Sakon se clavó la daga en el lado izquierdo del abdo-

men y exclamó: — «Mira, hermano. ¿Entiendes ahora? Pero no aprietes demasiado la daga, porque podrías caer hacia atrás. Inclínate más bien hacia delante y conserva las rodillas bien colocadas». Naiki hizo lo mismo y dijo al niño:—«Ten los ojos abiertos, si no, parecerás una mujer moribunda. Si tu daga encuentra dentro algún obstáculo, ten ánimo y redobla los esfuerzos para cortarlo». El niño paseó su vista del uno al otro, y, cuando los dos hubieron muerto, se desnudó tranquilamente de medio cuerpo y siguió el ejemplo que le habían dado á derecha é izquierda».

La glorificación del *seppuku* ofrecía, naturalmente, no pocas tentaciones á su comisión injustificada. Por causas enteramente incompatibles con la razón, ó por razones que no merecían en absoluto la muerte, los jóvenes de sangre caliente se lanzaban á él como insectos á una luz; motivos bastardos y dudosos arrastraron más samurai á este acto que monjas á los conventos. La vida era barata, comparada con el ideal popular del honor. Lo más triste del caso fué que el honor, que estaba, por decirlo así, siempre en agio, no siempre era oro puro, sino que estaba aleado con metales más bajos. ¡Ningún círculo del infierno podrá envanecerse de tener mayor densidad de población japonesa que el séptimo, en el cual coloca el Dante á las víctimas del suicidio!

Y, sin embargo, para un verdadero samurai,

apresurar la muerte ó buscarla era equivalente á una cobardía. Un batallador típico, después de perder batalla tras batalla y de ser perseguido por llano y sierra, encontrándose hambriento y solo en el hueco oscuro de un árbol, con la espada desgastada por el uso, el arco roto y agotadas las flechas (¿no se arrojó sobre su propia espada el más noble de los romanos, en Filipos, por hallarse en semejantes circunstancias?) juzgó cobardía morir, y con una fortaleza que emula la de los mártires cristianos, se animó con los siguientes versos improvisados:

«¡Venid! ¡Llegad sin descanso,
Tristezas y dolores crueles!
Amontonáos sobre mis hombros abrumados;
¡Que no me falte ni una sola prueba
De las fuerzas que aún me restan!»

Esta, pues, fué la enseñanza del Bushido. Sufrir y hacer frente á todas las calamidades y adversidades con paciencia y con la conciencia pura; porque, como dice Mencio (1), «cuando el cielo está á punto de conferir un gran oficio á alguien, primero ejercita su espíritu en el sufrimiento y sus nervios y huesos en las fatigas; expone su cuerpo al hambre y lo sujeta á extrema pobreza y hace fracasar sus empresas. Por todos estos caminos esti-

(1) Según la traducción del doctor Legge.

mula su espíritu, endurece su cuerpo y remedia sus deficiencias». El verdadero honor consiste en cumplir los mandatos del cielo, y ninguna muerte motivada por esto es ignominiosa, mientras que la muerte producida por evitar lo que el cielo tiene ordenado, es sin duda cobardía. En el curioso libro de Sir Thomas Browne, *Religio Medici*, hay un equivalente exacto inglés de lo que repetidas veces se enseña en nuestros Preceptos. Dice así: «Es un acto declarado de valor despreciar la muerte; pero cuando la vida es más terrible que la muerte, el verdadero valor consiste en atreverse á vivir». Un renombrado sacerdote del siglo xvii observaba satíricamente: «Dígase lo que se quiera, un samurai que nunca ha muerto, es capaz de huir ó esconderse en el momento más decisivo». En otro sitio: «Todas las lanzas de Sanada y todas las flechas de Tametomo, son impotentes para atravesar á quien ya ha muerto en el fondo de su pecho». ¡Cómo nos acercamos á los pérticos del templo cuyo arquitecto dijo «el que pierda su vida por mí, la encontrará!» No son estos sino unos pocos de los numerosos ejemplos que tienden á confirmar la identidad moral de la especie humana, no obstante los esfuerzos realizados asiduamente para agrandar todo lo posible la distinción entre Cristianos y Paganos.

Hemos visto, pues, que la institución del suicidio en el Bushido no era ni tan irracional ni tan bárbara como su abuso nos lo hace parecer á pri-

mera vista. Ahora vamos á ver si su institución hermana, la del Desagravio (llamadle Venganza, si lo preferís) tiene también sus circunstancias atenuantes. Espero poder tratar la cuestión en pocas palabras, puesto que en todos los pueblos ha existido y no está completamente abolida (según lo atestiguan los duelos y los linchamientos) una semejante institución ó costumbre, si este nombre os parece más propio. Pues qué, ¿no hemos visto hace poco á un oficial americano desafiar á Esterhazy para vengar los agravios iuferidos á Dreyfus? En una tribu salvaje donde no existe el matrimonio, el adulterio no es pecado, y sólo los celos del amante protegen á la mujer contra los abusos; así también en un tiempo en que no hay tribunales de justicia, el homicidio no es un crimen, y sólo la venganza vigilante de los allegados á la víctima mantiene el orden social. «¿Cuál es la cosa más bella en la tierra?» preguntó Osiris á Horo. La respuesta fué: «Vengar los agravios hechos á un padre», á lo cual un japonés habría añadido «y á un señor».

En la venganza hay algo que satisface nuestro sentido de justicia. El vengador razona así: «Mi buen padre no merecía la muerte. El que lo mató cometió una gran maldad. Mi padre, si viviera, no consentiría una acción semejante: el cielo mismo odia las malas obras. Es voluntad de mi padre, es voluntad del cielo, que el malvado cese en su labor. Debe perecer á mis manos; puesto que él derramó

la sangre de mi padre, yo, que soy sangre y carne de éste, debo derramar la del matador». El raciocinio es simple ó infantil (aunque sabemos que Hamlet no razonó de modo más profundo); y no obstante, demuestra un sentido innato de ponderación y de justicia equitativa. «Ojo por ojo, diente por diente». Nuestro sentimiento de venganza es tan exacto como nuestra facultad matemática, y hasta que ambos términos de la ecuación están satisfechos, no podemos librarnos de la sensación de que algo falta por hacer.

En el judaismo, que creía en un Dios vengador, ó en la Mitología griega, que contaba con una Nemesis, la venganza podía confiarse á los agentes sobrehumanos; pero el sentido común proporcionó al Bushido la institución del desagravio como una especie de tribunal ético de equidad, al cual las gentes podían apelar para no ser juzgados por la ley común. El señor de los Cuarenta y Siete, Ronin, fué condenado á muerte; no tenía Tribunal Supremo al cual apelar; sus fieles caballeros apelaron á la Venganza, el único tribunal supremo que existía; á su vez fueron condenados por la ley común, pero el instinto popular pronunció una sentencia diferente, y gracias á ella su memoria se conserva hasta hoy tan fresca y fragante como sus tumbas en Sengakuji.

Aunque Lao-Tse enseñó á pagar la injuria con la bondad, la voz de Confucio fué mucho más alta

cuando aconsejaba que se recompensase la injuria con la venganza; y, sin embargo, la venganza sólo se consideraba justificada cuando se ejercía en nombre de nuestros superiores y bienhechores. Los agravios propios, hasta las injurias hechas á la mujer y á los hijos, debían sufrirse y perdonarse. Un samurai, pues, simpatizaría con el juramento hecho por Aníbal de vengar los agravios hechos á su patria; pero repudiaría á James Hamilton por llevar en su cinturón un puñado de tierra de la sepultura de su esposa, como eterno incentivo para vengar en el Regente Murray los agravios inferidos á aquélla.

Ambas instituciones, la del suicidio y la del desagravio, perdieron su *raison d'être* cuando se promulgó el código penal. Ya no se oyen las aventuras románticas de una bella joven que, disfrazada, sigue los pasos al matador de su padre. Ya no somos testigos de tragedias promovidas por la vendetta de familia. Las andanzas caballerescas de Miyamoto Musashi, son ahora un cuento viejo. Una policía bien organizada espía al criminal en nombre de la parte ofendida, y la ley hace justicia. El Estado entero y la sociedad procurarán que los agravios se deshagan. Satisfecho el sentido de justicia, ya no es necesario el *Kataki uchi*. Si éste hubiera significado el «hambre del corazón, que se alimenta con la esperanza de saciar esa hambre con la sangre viva de la víctima», como la ha des-

crito un teólogo de Nueva Inglaterra, no lo habrían borrado tan en absoluto unos cuantos párrafos del código penal.

En cuanto al *seppuku*, aun cuando tampoco existe *de jure*, todavía oímos hablar de él de cuando en cuando, y temo que seguiremos oyéndolo, mientras no se olvide el pasado. Se pondrán en boga distintos medios de suicidio menos dolorosos y más rápidos, porque sus adeptos se multiplican con espantosa rapidez por todo el mundo; pero el profesor Morselli habrá de conceder al *seppuku* un lugar aristocrático entre esos medios. Dice que «cuando el suicidio se realiza por un medio muy penoso ó á costa de una agonía prolongada, de cien casos, noventa y nueve, deben considerarse como obra de un espíritu perturbado por el fanatismo, por la locura ó por otra excitación morbosa» (1). Pero un *seppuku* no tiene ni olor de fanatismo, locura ó excitación, siendo necesaria la mayor sangre fría para su perfecta ejecución. De los dos géneros en que el Dr. Strahan (2) divide el suicidio, el Racional ó Cuasi-suicidio y el Irracional ó verdadero, el *seppuku* es el mejor ejemplo del primer tipo.

De estas dos cruentas instituciones, así como del sentido general del Bushido, fácil es inferir

(1) Morselli. *Suicide*, pág. 314.

(2) *Suicide and Insanity*.

que la espada desempeñaba un papel importante en las costumbres y en la vida social. Pasaba como axioma la frase de que era

LA ESPADA ALMA DEL SAMURAI,

y que convirtió aquel arma en el emblema del poder y del valor. Cuando Mahoma proclamó que «la espada es la llave del cielo y del infierno», no fué más que un eco del sentimiento japonés. Desde muy temprano el niño samurai aprendía á esgrimir. Era una ocasión memorable para él aquella en que, á los cinco años, se le vestía con todas las piezas de un traje de samurai, se le colocaba sobre un tablero de *go* (1), y se le iniciaba en los derechos de la profesión militar, atrevesando en su cinturón una espada verdadera, en vez de la daga de juguete que había manejado hasta entonces. A partir de esta ceremonia de *adoptio per arma*, no se le volvía á ver fuera de la casa paterna sin aquella insignia de su categoría, aunque para el uso diario se la sustituía con una espada de madera dorada.

(1) Al juego del *go* se le llama á veces juego de damas japonés, pero es mucho más complicado que el juego europeo. El tablero del *go* contiene 361 casillas y se supone que representa un campo de batalla; el objeto del juego es ocupar el mayor espacio posible.

No pasan muchos años sin que lleve constantemente el legítimo acero, aunque sin corte, y más tarde se arrinconan las armas fingidas y, con una alegría más aguda que las armas que acaba de adquirir, marcha á probar su filo en la madera y en la piedra. Cuando alcanza la consideración de hombre, á los quince años, recibe la libertad de acción, puede enorgullecerse con la posesión de armas bastante afiladas para cualquier trabajo. La sola posesión del peligroso instrumento le comunica un sentimiento y un aire de dignidad y de responsabilidad. «No lleva su espada en vano». Lo que él lleva en su cintura es un símbolo de lo que lleva en su corazón y en su alma, Lealtad y Honor. Las dos espadas, la larga y la corta (llamadas, respectivamente, *daito* y *shoto*, ó *katana* y *wakizashi*), nunca se apartan de su lado. Cuando está en casa, honran el lugar más visible del gabinete ó de la sala; por la noche hacen guardia á su almohada, colocadas al alcance de la mano. Compañeros constantes, son pagados con amor y reciben nombres cariñosos. De la veneración que reciben, se pasa forzosamente á la adoración. El padre de la Historia ha registrado como caso curioso el de que los Escitas hiciesen sacrificios á una cimitarra de hierro. Más de un templo y más de una familia en el Japón custodian una espada como objeto de adoración. Aun el puñal más común obtiene el debido respeto. Un insulto que se le haga equivale á

una afrenta personal. ¡Ay de aquel que por descuido pise un arma colocada en el suelo!

Un objeto tanpreciado no podía escapar mucho tiempo á la atención y á la pericia de los artistas, ni á la vanidad de su propietario, especialmente en tiempo de paz, cuando se llevaba sin más objeto que el báculo de un obispo ó el cetro de un rey. El puño de piel de tiburón, ó de la seda más fina, la guarda de plata ó de oro, la vaina de laca de varios tonos, quitaban al arma mortífera la mitad de su horror; pero estos accesorios eran cosa de juego comparados con la hoja misma.

El espadero no era un simple artesano, sino un artista inspirado, y su taller, un santuario. Comenzaba su labor de cada día con una oración y con una purificación, ó, según la frase admitida, «dedicaba su alma á la forja y temple del acero». Cada golpe de martillo, cada inmersión en el agua, cada frote en la piedra de afilar, era un acto religioso de no poca trascendencia. ¿Era el espíritu del maestro ó el de su dios tutelar el que infundía tan formidable encanto en nuestra espada? Perfecta como una obra de arte, desafiando á sus rivales de Toledo y Damasco, hay en ella algo más de lo que el arte puede dar. Su hoja fría, que condensa en su superficie los vapores de la atmósfera apenas es desenvainada; su tersura inmaculada, que destella resplandores azulados; su filo sin mella, que tantas historias ha escrito y tantas puede escribir; la cur-

va de su dorso, que une la gracia exquisita á la fuerza suprema; todo esto nos penetra de un sentimiento mezclado de fuerza y de belleza, de admiración y de horror. ¡Inocente hubiera sido su misión, si se limitara á ser un objeto de belleza y de goce! Pero, siempre al alcance de la mano, ofrecía no escasa tentación al abuso. Con harta frecuencia salió su hoja de su pacífica envoltura. El abusollegó á veces al punto de probar el acero adquirido en el cuello de alguna criatura inocente.

La cuestión que á nosotros nos interesa más es esta: ¿autorizó el Bushido el uso indebido del arma? La respuesta indiscutible es que no. Así como dió gran importancia á su uso legítimo, denunció y condenó su abuso. Sólo los cobardes ó fanfarrones blandían su arma en ocasiones indebidas. Un hombre sereno conoce el momento justo en que debe usarla, y esos momentos no se presentan sino raras veces. Oigamos al difunto conde Katsu, que vivió en uno de los períodos más turbulentos de nuestra historia, cuando los asesinatos, los suicidios y otras costumbres sanguinarias estaban á la orden del día. Investido durante algún tiempo de poderes casi dictatoriales, señalado muchas veces como presunta víctima del asesinato, jamás tiñó su espada en sangre. Contando algunos de sus recuerdos á un amigo, dice en su estilo original y plebeyo: «Me disgusta mucho matar á las gentes, y por eso no he matado ni á un solo hombre. He puesto en liber-

tad á aquellos cuyas cabezas debieran haber sido cortadas. Un amigo me dijo un día: «No mata usted bastante. ¿Es que no come usted pimienta ni berengenas?» Así son algunas personas. Pero él mismo fué asesinado. Mi salvación quizá sea debida á mi repugnancia á matar. Llevaba yo la empuñadura de la espada tan fuertemente atada á la vaina, que era muy difícil sacar la hoja. Tomé la decisión de no herir yo, aunque los demás me hirieran. ¡Sí, sí! Es verdad que algunas gentes son como las pulgas y los mosquitos, que siempre están picando; pero ¿qué valen sus picaduras? Escuece un poco, y nada más; eso no vale la pena de arriesgar la vida». Estas eran las palabras de un hombre cuya educación en el Bushido se había acrisolado en la adversidad y en la gloria. El refrán es popular: «ser derrotado es vencer», cuyo significado es que la verdadera victoria consiste en no hacer frente á un enemigo alborotador; el que dice que «la mejor victoria es la que se obtiene sin derramar sangre», y otros de igual sentido, demostrarán que después de todo el ideal último de la Caballería era la Paz.

Fué una gran lástima que se encomendara solamente á los moralistas y á los sacerdotes la predicación de ese ideal elevado, mientras los samurái se daban á practicar y á celebrar los actos marciales. En esta dirección llegaron hasta teñir los ideales de la mujer con un carácter amazónico. Pode-

mos dedicar aquí con provecho unos cuantos párrafos al tema de

LA FORMACIÓN Y POSICIÓN DE LA MUJER

La mitad femenina de nuestra especie ha sido calificada algunas veces de conjunto de paradojas, porque el modo de operar su espíritu está fuera de la comprensión de la «inteligencia aritmética» de los hombres. El ideograma chino, que significa «lo misterioso», «lo incognoscible», consta de dos partes: la una que significa «joven» y la otra «mujer», porque la explicación de los encantos físicos y de los delicados pensamientos del bello sexo, excede al grosero calibre mental de nuestro sexo.

En el ideal femenino del Bushido, sin embargo, hay poco misterio, y sólo existe una aparente paradoja. He dicho que era amazónico, pero esto es sólo verdad á medias. Los chinos representan ideográficamente á la esposa por una mujer con una escoba (no blandiéndola ofensiva ni defensivamente contra su asociado conyugal, ni para usarla como sortilegio, sino para los usos más inocentes, que fueron propios de ese utensilio desde su invención), siendo la idea encerrada en ese ideograma no menos casera que la derivación etimológica del inglés *wife* (esposa, de *weaver*, tejedora) y *daughter* (hija, de *duhitar*, lechera). Sin limitar la esfera de la actividad femenina al *Kuche*, *Kirche*, *Kinder* (la co-

cina, la iglesia y los hijos), como dicen que pretende el actual emperador de Alemania, el ideal femenino del Bushido era predominantemente doméstico. Esta aparente contradicción (entre domesticidad y amazonismo), no es completamente ajena á los Preceptos de la Caballería, como vamos á ver.

Siendo el Bushido una enseñanza dirigida, en primer término, al sexo masculino, las virtudes que apreciaba en la mujer distaban mucho, naturalmente, de ser propiamente femeninas. Winckelmann observa que «la suprema belleza del arte griego es más bien masculina que femenina», y Lecky añade que esto era tan cierto de la concepción moral de los griegos, como de su arte. De un modo semejante, el Bushido ensalzaba más á aquellas mujeres «que se emancipaban de la fragilidad de su sexo y desplegaban una heroica fortaleza, digna de los más enérgicos y valerosos hombres» (1). Por eso se enseñaba á las jóvenes á reprimir sus sentimientos, á endurecer sus nervios, á manejar las armas, especialmente la espada de largo puño, llamada *nagi-nata*, de tal modo, que fueran capaces de defenderse contra riesgos inesperados. Sin embargo, el motivo primordial de los ejercicios de este carácter guerrero no era hacer uso de ellos en el campo; tenía un doble aspecto: personal y doméstico. No teniendo la

(1) Lecky, *History of European Morals*, II, pág. 383.

mujer una guardia propia, formaba ella misma su guardia de corps. Con sus armas defendía el sagrado de su persona, con tanto celo como su marido defendía el de su señor. La utilidad doméstica de su educación guerrera se cifraba en la educación de sus hijos, como veremos después.

La esgrima y ejercicios semejantes, aunque de uso no frecuente, eran una sana compensación de las costumbres, por otra parte sedentarias, de la mujer. Pero estos ejercicios no se hacían solo por motivos higiénicos. Podían utilizarse en caso de necesidad. Las muchachas, cuando llegaban á ser mujeres, recibían, como presente, puñales (*kai-keu*, puñales de bolsillo), que podían dirigirse contra el pecho de sus asaltantes, ó, en caso oportuno, al de sus propietarias. El último caso era muy frecuente; y, sin embargo, no seré yo quien las juzgue severamente. Hasta la conciencia cristiana con su horror al suicidio, no podrá ser demasiado severa con ellas, puesto que Pelagia y Domnina, dos suicidas, fueron canonizadas por su pureza y piedad. Cuando una Virginia japonesa veía amenazada su castidad, no aguardaba al puñal de su padre. Su arma propia estaba siempre á mano en su pecho. Era una vergüenza para ella no saber la manera cómo debía realizar el suicidio. Por ejemplo, aunque sus estudios anatómicos eran escasos, debía saber el punto exacto para cortarse el cuello; debía saber la manera de atar juntas las piernas con un cinturón,

de tal modo que, fuese cualquiera la agonía, se encontrase su cadáver colocado en una postura pudorosa, con las piernas decentemente dispuestas. Una precaución semejante ¿no es digna de la cristiana Perpetua ó de la vestal Cornelia? No haría yo una pregunta tan brusca, si no fuera por la idea errónea, basada en nuestras costumbres de baño y otras nimiedades, de que la castidad es desconocida entre nosotros (1). Por el contrario, la castidad era una virtud preeminente de la mujer samurai, que la estimaba en más que la vida. Una joven hecha prisionera, viéndose en peligro de violencia á manos de la bárbara soldadesca, dice que se prestará á su placer, siempre que se le permita antes escribir unas líneas á sus hermanas, á las cuales la guerra ha dispersado en distintas direcciones. Cuando ha terminado la carta, escapa al pozo más próximo y salva su honor ahogándose. La carta que dejó escrita termina con estos versos:

«Por miedo de que las nubes enturbien su luz,
No más que tocando su limpiísima esfera,
La luna joven, suspendida en la altura,
Emprende una rápida huída.»

No sería legítimo dar á mis lectores la idea de que solo la masculinidad era nuestro más alto ideal

(1) Véase una explicación muy sensata de la desnudez y del baño en Finck, *Lotos Time in Japan*, págs. 286 á 297.

femenino. Nada menos cierto. Se pedían á las mujeres las cualidades y gracias más amables de la vida. La música, la danza y la literatura no eran olvidadas. Algunos de los versos más bellos de nuestra literatura fueron expresión de sentimientos femeninos; en efecto, las mujeres desempeñaron un papel importante en la historia de las bellas letras japonesas. La danza se enseñaba (hablo de las muchachas samurai, no de las *geisha*) sólo para dulcificar la rigidez de sus movimientos. La música servía para regalar las horas de fatiga de sus padres y esposos; de aquí que la música no se enseñase por la técnica, por el arte mismo: su fin último era purificar el corazón, pues se había dicho que no se puede obtener armonía de sonidos sin que el corazón del músico se ponga en armonía con aquélla. Aquí volvemos á ver dominante la misma idea que obsejamos en la educación de los jóvenes: que las perfecciones deben mantenerse esclavas del valor moral. Lo necesario de música y danza para dar gracia y brillo á la vida, pero sin incurrir jamás en la vanidad ni la estravagancia. Yo simpatizo con el príncipe persa que, conducido á un baile en Londres, y habiéndole pedido que tomara parte en la diversión, contestó secamente que en su país tenían una clase especial de mujeres dedicadas á hacer á los hombres ese género de menesteres.

Nuestras mujeres no adquirirían las perfecciones para la ostentación ó para sobresalir en la sociedad.

Les servían como diversión doméstica, y si brillaban en las reuniones de sociedad, era como los atributos de una señora de su casa; en otras palabras, como parte de las condiciones necesarias para la hospitalidad. La idea doméstica guiaba su educación. Puede decirse que las cualidades de la mujer del Japón viejo, fuese de carácter marcial ó de carácter pacífico, estaban principalmente dedicadas al hogar, y por muy lejos de él que girasen, nunca le perdían de vista como su centro. Para mantener su honor y su integridad se esclavizaban, trabajaban sin descanso y sacrificaban sus vidas. Noche y día, con acentos á la vez firmes y tiernos, valerosos y plañideros, cantaban á sus pequeños nidos. Como hija, la mujer se sacrificaba por el padre; como esposa, por el esposo; como madre, por el hijo. Así, pues, desde la más temprana juventud se le enseñaba la abnegación. Su vida no era independiente, sino de un servicio subordinado. Auxiliar del hombre, si su presencia le puede ser útil, permanece en escena con él; si dificulta su obra, se oculta entre bastidores. No pocas veces ocurre que un joven se enamora de una muchacha, que ésta le corresponde con igual ardor; pero que, cuando ella se da cuenta de que el interés que inspira puede distraer al muchacho de sus deberes, desfigura su rostro para que cesen sus atractivos. Adzuma, la esposa ideal en la mente de las muchachas samurai, descubre un día que es amada por un hombre que,

para ganar su amor, conspira contra su marido. Fingiendo hacerse cómplice del criminal complot, aprovecha la oscuridad para ponerse en lugar de su marido, y la espada del asesino desciende sobre su propia heróica cabeza.

La siguiente carta, escrita por la mujer de un joven daimio antes de quitarse la vida, no necesita comentarios: «Muchas veces he oído que ningún accidente ni azar cambia jamás la marcha de los sucesos en este bajo mundo, y que todo se mueve según un plan. Que dos personas se guarezcan bajo el mismo techo ó beban agua del mismo río, es cosa también ordenada muchos siglos antes de nuestro nacimiento. Desde que nos unimos con lazos de indisoluble matrimonio, hace apenas dos años, mi corazón te ha seguido, como la sombra sigue á un cuerpo, unidos inseparablemente nuestros corazones, amando y siendo amada. Pero habiendo sabido recientemente que la próxima batalla será la última de tu obra y de tu vida, recibe el saludo de adiós que te envía tu amante compañera. He oído que Kō u el poderoso guerrero de la antigua China, perdió una batalla por la tardanza en despedirse de su favorita Gu. Yoshinaka, también aun siendo tan valeroso, atrajo el desastre á su causa, por haber sido demasiado débil para despedirse rápidamente de su mujer. ¿Por qué había yo, á quien la tierra no ofrece ya esperanza de goces, por qué había yo de retener, viviendo, á tí ó tus pensamien-

tos? Muy al contrario, ¿por qué no he de esperarte en el camino que todos los mortales deben seguir una vez? Jamás, te pido, jamás olvides los muchos beneficios que nuestro buen Señor Hideyori ha derramado sobre tí. La gratitud que le debemos es tan profunda como el mar y tan alta como las montañas».

La abnegación de la mujer por el bien de su marido, de su casa y de su familia, era tan voluntaria y honrosa, como la abnegación del hombre por el bien de su señor y de su país. La renuncia de sí mismo, sin la cual ningún enigma de vida puede ser descifrado, era la clave, tanto de la lealtad en el hombre, como el amor doméstico en la mujer. No era esclava del hombre como su marido no era siervo de su señor, y el papel que desempeñaba se consideraba como *Naijo*, «la ayuda interior». La escala ascendente de obediencia estaba formada por la mujer, que debía sacrificarse por el hombre, el cual se sacrificaba por el señor, que debía obedecer al cielo. Conozco la debilidad de este principio y sé que la superioridad del cristianismo no se manifiesta en ninguna parte mejor que aquí, en cuanto exige á todos y cada uno de los seres vivos responsabilidad directa ante su Creador. Sin embargo, en lo que toca á la doctrina de la obediencia (obediencia á una causa superior á los intereses personales, aun á costa de la propia individualidad; la doctrina de la obediencia, digo, que es la más

alta que Cristo predicó y que es la clave sagrada de su misión) en lo que toca á esa doctrina el Bushido se funda en una verdad eterna.

Mis lectores no me podrán acusar de un injusto prejuicio favorable á la anulación servil de la voluntad propia. Acepto en gran parte la opinión expresada con amplitud de principios y defendida con profundo pensamiento por Hegel, de que la historia es la evolución y la realización de la libertad. Lo que yo pretendo demostrar es que la enseñanza entera del Bushido estaba tan absolutamente imbuida con espíritu de sacrificio, que se exigía éste, no sólo de la mujer, sino del hombre. De aquí que mientras el influjo de los Preceptos no desaparezca completamente, nuestra sociedad no comprenderá la idea temerariamente expresada por un americano expositor de los derechos de la mujer, que exclamaba: «¡Que todas las hijas del Japón se levanten en rebelión contra las viejas costumbres!» ¿Podrá triunfar tal rebelión? ¿Mejorará la condición de la mujer? ¿Los derechos que conquiste por ese procedimiento sumario compensarán la pérdida de esa dulzura de carácter, de esa gracia en las maneras, que son su herencia actual? ¿La pérdida de las costumbres domésticas en las matronas romanas no fué seguida de una corrupción tan evidente que no hay para qué mencionarla? ¿Puede asegurarnos el reformador americano que una rebelión de nuestras hijas es el verdadero camino que debe tomar su